

Michel Graulich, *Le sacrifice humaine chez les Aztèques*, Paris, Librairie Arthème Fayard, 2005, 415 p.

Desde hace cinco siglos, los sacrificios humanos practicados por los pobladores de Mesoamérica, y particularmente por los mexicas y otros pueblos del periodo Posclásico, han sido tema de constante interés y de apasionada polémica entre los observadores e investigadores de las culturas indígenas quienes han oscilado entre la condena escandalizada y diversos intentos de explicación cultural y justificación ideológica y religiosa. En el último siglo, por una compleja mezcla de razones históricas, científicas y nacionalistas, se ha impuesto de manera casi unánime la explicación de esta práctica como una acción religiosa destinada a alimentar al Sol y otras deidades con el fin de evitar la extinción

del cosmos y de la vida.<sup>1</sup> Dicha explicación ha fungido como una justificación retroactiva tanto de las occisiones rituales como del belicismo y del imperialismo mexica.

En este tratado enciclopédico sobre el sacrificio humano entre los pueblos nahuas del periodo Posclásico Tardío, sin embargo, Michel Graulich viene a cuestionar todas nuestras certidumbres y mostrarnos que esta práctica era, en realidad, mucho más compleja y polivalente.

Como afirma el autor al final de esta extensa y erudita obra, la occisión ritual entre los nahuas de Mesoamérica era un hecho social total que involucraba a todos los actores sociales, desde los gobernantes, los guerreros y los comerciantes hasta los pobladores más humildes; a todos los actores sagrados, desde los dioses hasta los sacerdotes y los simples creyentes, y a todos los seres vivientes, desde los mismos dioses creadores del mundo hasta los seres humanos y los animales, como las siempre sacrificadas codornices. Además, se practicaba de manera continua y variada a lo largo del abigarrado calendario ritual anual, en ocasión de fiestas y de batallas, de coronaciones y de fundaciones, de funerales y de despedidas. Se realizaba igualmente de las formas más diversas: por extracción del corazón, decapitación, desollamiento, quemadura, flechamiento, combate gladiatorio, despeñamiento y ahogamiento. Las víctimas podían ser jóvenes guerreros enemigos, esclavos oriundos de la propia ciudad, mujeres jóvenes y ancianas y también niños de todas las edades; además, en muchos casos no se les mataba en su calidad de seres humanos, sino como imágenes o encarnaciones de los mismos dioses. Sus restos, por su parte, podían ser incinerados, descuartizados, desollados o devorados en banquetes antropofágicos, o simplemente abandonados en cavernas o arrojados a los remolinos del lago de Tetzaco.

Por si esta variedad fuera poca, Graulich muestra de manera muy convincente que los fines y significados del sacrificio humano también eran múltiples e iban mucho más allá de la necesidad de alimentar al Sol y a los demás dioses. En efecto, la occisión ritual podía ser motivada por el afán de venganza bélica, por la búsqueda de regeneración de las fuerzas vitales de los dioses y de los hombres, por la esperanza de alcanzar una mejor vida después de la muerte o por la aspiración de recuperar la unidad cósmica perdida a resultas de las transgresiones originales de las divinidades y de los humanos. En el ámbito religioso, el sacrificio servía como un acto de ofrenda que confirmaba la subordinación a una potencia divina superior; en el geopolítico, como un despliegue de

<sup>1</sup> La formulación clásica de esta hipótesis se encuentra en Alfonso Caso, *El pueblo del Sol*, México, Fondo de Cultura Económica, 1953.

poder y fuerza que ensalzaba al soberano y al *altépetl*, llegando incluso a convertirse en un verdadero acto terrorista que infundía el miedo entre los enemigos; en los ámbitos más locales podía también servir para cimentar y confirmar el prestigio y el orgullo de un pujante guerrero o de un próspero comerciante y para confirmar los lazos de solidaridad al interior de gremios y comunidades. En suma, este conjunto de prácticas que llamamos “sacrificio humano” constituía un universo diverso y dinámico de acciones, creencias, rituales y costumbres. Para desenmarañar esta intrincada trama, Michel Graulich se vale de más de tres décadas de experiencia en la investigación de la religión mesoamericana y de su excepcionalmente profunda familiaridad con las fuentes escritas por españoles e indígenas en el siglo XVI, así como con los libros pictográficos prehispánicos y coloniales que tratan del sacrificio humano, y de las evidencias arqueológicas e iconográficas al respecto.

*Le sacrifice humaine chez les Aztèques* está organizado en cuatro partes que analizan de manera sistemática los aspectos claves de estas prácticas rituales. La primera aborda los fundamentos míticos de los sacrificios. El autor plantea que tras haber cometido sus primeras transgresiones al principio del mundo en el paraíso de Tamoanchan, los dioses fueron arrojados a la tierra y desde ahí intentaron recuperar su condición divina y celeste por medio de las occisiones rituales y del autosacrificio, como lo muestra el famoso mito del nacimiento del Sol y la Luna en Teotihuacan. Desde estos primeros momentos, el sacrificio sirvió para demostrar la subordinación del sacrificante a una potencia superior y su deseo de trascender los límites de su existencia. Posteriormente, los primeros hombres también tuvieron que practicar el sacrificio para compensar sus transgresiones: los primordiales mimixcoas, una multitud de guerreros que se entregaron a la disipación en vez de cazar y ofrendar animales a los dioses, se convirtieron en las primeras víctimas sacrificiales y en el arquetipo de los guerreros muertos en la “tiza y el plumón”, el difrasismo náhuatl que se refería al acto sacrificial.

La lectura que Graulich hace de estos mitos muestra que el sacrificio cumplió desde sus mismos orígenes importantes funciones de expiación, purificación y redención. Por ello, el autor propone que la idea de que su función principal era alimentar al Sol fue una variación ideológico-religiosa introducida originalmente por los toltecas para cimentar su militarismo y luego adoptada y llevada a su máxima expresión por los mexicas. Esta propuesta de interpretación de los fundamentos míticos del sacrificio es uno de los mayores aportes del libro.

En la segunda parte, “El mito en acción”, Graulich hace una detallada descripción de los rituales de sacrificio nahuas en el marco de los

calendarios rituales de México y otras ciudades nahuas. La impresionante visión panorámica que presenta es resultado de su profunda familiaridad con cada detalle de las descripciones de las fiestas nahuas que se encuentran en las fuentes escritas y los códices pictográficos. En este sentido continúa y complementa análisis ya publicados por el autor en obras anteriores.<sup>2</sup>

El análisis de los rituales muestra que el tipo de occisión ritual que ha sido considerado paradigmático, la extracción de corazón a guerreros enemigos capturados en combate, no era sino uno más de los muchos que se practicaban. En efecto, el sacrificio de “esclavos bañados”, hombres y mujeres, convertidos en imágenes o encarnaciones de deidades, desde Tláloc hasta Tezcatlipoca y desde Toci hasta Cintéotl, era una parte fundamental de muchas fiestas, como lo eran las muertes de niños dedicados a Tláloc y otras deidades acuáticas. Frecuentemente, los distintos tipos de sacrificios se acompañaban y se complementaban en un complejo contrapunto. En la fiesta de *tóxcatl* el papel central correspondía a la muerte ritual de la imagen del dios Tezcatlipoca; en *panquetzaliztli* el sacrificio de multitudes de guerreros cautivos servía para reescenificar ritualmente los mitos de nacimiento de Quetzalcóatl, sacrificador de los *mimixcoas*, y de Huitzilopochtli, vencedor y sacrificador de los *huitznahuas*; en *tlacaxipehualiztli* el sacrificio gladiatorio de cautivos enemigos distinguidos por su gallardía era seguido por su desollamiento, después del cual sus pieles eran vestidas por diversos personajes durante veinte días en una representación muy literal de la muerte y regeneración experimentada por los sacrificadores a través de la muerte de los sacrificados, así como por la naturaleza en el cambio de estación.

La tercera parte de la obra, “Los actores del drama”, describe detenidamente los papeles jugados en los rituales sacrificiales por los “sacrificantes”, es decir, aquellos que ofrecían una víctima en sacrificio, por las víctimas mismas, y por los sacrificadores. Graulich presta particular atención a la cercana identificación que se establecía entre el sacrificante y el futuro sacrificado, proceso en el que colaboraba toda la comunidad, desde la familia y los miembros del *calpulli* del guerrero hasta el rey y los sacerdotes. Gracias a esta identificación la occisión ritual de la víctima se convertía en una muerte simbólica del sacrificante que le permitía regenerar su fuerza vital y, como a los dioses en Teotihuacan, purificarse y aligerar su materia para acercarse así al estado de los guerreros muertos habitantes del paraíso del Tlalocan. Esta

<sup>2</sup> *Ritos aztecas. Las fiestas de las veintenas*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1999, y *Mitos y rituales del México Antiguo*, Madrid, Istmo, 1990.

interpretación permite comprender de manera mucho más cabal el funcionamiento simbólico del sacrificio humano mexicana.<sup>3</sup>

Por otro lado el análisis del complejo y costoso proceso por medio del cual los mercaderes *pochteca* adquirirían esclavos y luego los ofrecían como víctimas sacrificiales muestra que la occisión ritual funcionaba también como una forma de intercambio ceremonial y suntuuario similar a las famosas ceremonias de *pottlatch*. En ésta, y en otras partes del libro, se hace evidente que el sacrificio era importante no sólo por la relación que establecía entre los hombres y las divinidades, sino también por las relaciones que establecía entre los propios hombres.<sup>4</sup>

Al analizar el papel de los sacrificadores, Graulich propone una interesante identificación entre la figura del sacerdote sacrificador, *tle-namacac*, y el dios Tláloc, pues el primero utiliza el cuchillo de pedernal, que es equivalente al trueno de la deidad, para abrir el pecho del sacrificado, acto parecido a fecundar la tierra, y así provoca la lluvia, enciende el fuego y fomenta el flujo de energía vital en el cosmos. De esta manera el sacrificio servía para zanzar la distancia entre hombres y dioses, por medio de la repetición ritual de las acciones arquetípicas divinas.

La última parte del libro, “El desarrollo del sacrificio” describe con lujo de detalles cada etapa del ritual sacrificial, desde los ayunos y penitencias que lo precedían hasta los lugares y las técnicas con que se ultimaba a las víctimas, culminando con los festines antropofágicos. Respecto a estos últimos, Graulich examina las distintas explicaciones que se han dado a la afición mesoamericana por la carne humana: la observancia ritual, la necesidad alimenticia, el gusto y la búsqueda de la venganza. Basado en los testimonios de los conquistadores españoles sobre los actos de antropofagia que acompañaron la sanguinaria toma de México en 1521, propone que los últimos dos factores eran una motivación importante para la antropofagia náhuatl. Esta afirmación, como admite el propio autor, es altamente polémica. A mi juicio, si bien las constantes amenazas intercambiadas por los combatientes en esta guerra, y en otras anteriores, demuestran que ingerir las carnes del enemigo era un acto de venganza, odio y poder, también se debe tomar en cuenta que la conquista de México fue un tipo de “guerra total” que no tenía precedentes en la tradición bélica mesoamericana y que por

<sup>3</sup> Esta interpretación ya había sido propuesta por Inga Clendinnen en su artículo “The Cost of Courage in Aztec Society”, *Past and Present*, 1985, n. 94, p. 44-89, pero Graulich la desarrolla con mucho mayor detalle.

<sup>4</sup> Esta forma de lectura de los rituales sacrificiales fue planteada originalmente en la obra ya clásica de Marcel Detienne y Jean-Pierre Vernant, *La cuisine du sacrifice en pays grec*, París, Éditions Gallimard, 1979 (*Nouvelle Revue Française*).

lo mismo pudo haber exacerbado a un nivel igualmente sin precedentes las prácticas antropofágicas bélicas.

Como toda obra importante, *Le sacrifice humain chez les Aztèques* plantea muchas interrogantes que sería imposible resolver en el espacio de un solo libro y abre nuevas avenidas a la reflexión y la investigación futuras. Por estas razones, la obra de Graulich se convertirá sin duda en un referente clave para los estudios de la religión náhuatl en el futuro.

FEDERICO NAVARRETE LINARES